



CAPITULO X

SEGÚN lo acordado en la mesa, en ciertos pueblos del tránsito no había necesidad de apearse, pues no ofrecían la menor dificultad; á lo sumo, detenerse un momento á saludar, por una atención que sería muy agradecida, á tal cual influyente. Pero, en cambio, había que echar el resto en aquellas localidades dudosas ó adictas al enemigo.

Y con estos propósitos, caminando en ala los siete donde el terreno lo permitía, ó en hilera si el sendero no daba más de sí, pero ocupando siempre don Simón el puesto de preferencia, ensanchábasele el pecho al pobre hombre á impulsos de su vanidad, creyendo de buena fe que todas aquellas deferencias con él guardadas eran hijas de una adhesión espontánea y desinteresada á su persona. ¡Y estaba cansado de oír hablar de ciertos caciques de al-

dea, perpetuos muñidores electorales, para quienes es una fiesta acompañar candidatos, y comer acá y cenar allá, y desayunarse en el otro lado con ellos y á sus expensas, y frecuentemente un negocio cada elección después de cada *paseo!* Pues de todo esto se olvidaba don Simón al verse rodeado de tanto *caballero*.

Dirigía la cabalgata uno de los seis caciques, hombre enjuto, moreno, largo de nariz y penetrante de mirada; casi imberbe, aunque ya picaba en viejo; poco hablador, pero al caso, y desconfiado hasta de su sombra. Conocía, uno á uno y con sus méritos, vicios, resabios y necesidades, á todos los electores del distrito, y, por consiguiente, el modo de interesarlos ó de reducirlos. Esta circunstancia era la que más fuerza y realce le daba como muñidor incomparable é irresistible. Era, además, alcalde perpetuo de su pueblo, y consejero nato de media docena de municipios limítrofes, y estaba muy bien relacionado con gentonas de Madrid que le debían favores semejantes al que estaba dispensando á don Simón. Llamábase don Celso Lépero, y era el autor de la carta que dejamos reproducida más atrás.

Los otros cinco auxiliares eran por el estilo; pero no tan famosos ni tan fuertes, aunque lo eran mucho, como don Celso.

Y volvamos á la historia.

Al pasar cerca de un pueblecillo, después de tres horas de marcha continua, dijo Lépero á don Simón:

—Aunque á esta gente la conceptúo nuestra por completo, será muy conveniente que se detenga usted un instante á saludar al que la maneja á su gusto. El tal Mayorazgo, que así se le llama, es hombre algo bruto; pero muy pagado de que le mimen y le soben. Al despedirse, dele usted un cigarro; no de los que nos ha repartido en la mesa, sino de los que lleva usted en la petaca para su uso particular.

Sin fijarse don Simón en la indirecta de don Celso, púsose á sus órdenes; dejaron todos la senda que llevaban, y se encaminaron hacia la casa del Mayorazgo, que estaba en lo más escondido del pueblo. Salió á abrirles la puerta del corral un muchacho muy sucio, que se asustó al ver tanto caballero; y entre limpiarse los mocos con una mano y rascarse las nalgas con la otra, les dijo de mala gana que su padre estaba en el cierra.

Dióles las señas de éste como pudo; y los expedicionarios tuvieron que desandar parte de lo andado, trepar por un escarpado, y subir á la meseta de una montaña, donde hallaron al Mayorazgo presidiendo la roturación de un gran terreno que acababa de adquirir en aquellas alturas. Era hombre joven todavía y de

rostro desengañado. No mostró gran curiosidad al verse acometido por el pequeño escuadrón. Limitóse á contestar friamente al caluroso saludo que le dirigió don Celso en nombre de los demás, y especialmente de don Simón, á quien presentó al impávido, diciendo:

—El señor es *nuestro* candidato, don Simón de los Peñascales; persona ilustrada, con treinta mil duros de renta y mucho talento. Viene expreso á dar á usted las gracias por el apoyo que ha de prestarle en las elecciones, mientras tiene ocasión de pagarle su atención de otra manera.

—Para servir á usted,—dijo lacónicamente el Mayorazgo, mirando hacia el presentado.

—Muy señor mío—respondió don Simón descubriéndose la cabeza y tendiendo su diestra al del cierro.—¿Está usted bueno?

—Yo bien, gracias á Dios,—dijo el Mayorazgo sin hacer un gesto.

—¿Usted fuma?—le preguntó el candidato sacando la petaca.

—Algunas veces, si el tabaco es bueno,—respondió el otro.

—Pues ahí va uno de la Vuelta de Abajo.

—Se estima,—refunfuñó el obsequiado mordiendo la punta.

—Y ¿qué tal andamos por acá?—preguntó-le el candidato, deseando arrancar siquiera un

gesto de interés á aquel pedazo de bárbaro.

—Pues... allá veremos,—contestó éste, gastando media caja de fósforos en encender el puro al aire libre.

—Eso no hay que preguntarlo, don Simón—observó Lépero,—que de cuenta del señor corre dejar á usted satisfecho.

—Pues en ese caso—repuso don Simón comprendiendo á don Celso,—y toda vez que nos falta mucho que andar hoy todavía, ya que he tenido el gusto de conocer al señor, sólo me resta ofrecerme á sus órdenes para cuanto desee, ahora y siempre.

—Lo mismo digo,—murmuró el Mayorazgo, tocando apenas con una mano la que le tendió don Simón, y volviendo á mirar á sus cavadores.

Cuando la cabalgata se alejó de allí, don Simón no pudo menos de decir á don Celso, con desencanto:

—Si éste es de los que me apoyan en el distrito, ¿cómo serán los que me combaten? ¿Qué puedo prometerme de los dudosos?

—No haga usted caso de palabras ni de semblantes, señor don Simón—respondió don Celso.—Ese hombre, como usted le ve, donde pone la intención mete la cabeza. Esté usted seguro de que en este ayuntamiento han de votarle á usted hasta los difuntos. ¡Algo más du-

ro de pelar es el otro mozo que vamos á visitar en seguida, en ese pueblo que se ve á la derecha! Es hombre que no da nunca el brazo á torcer, ni se decide hasta el último momento... Y á propósito, ¿tiene usted alguna buena recomendación para la Audiencia del territorio?

—Absolutamente ninguna.

—¿No conoce usted á nadie que conozca á alguno de los magistrados?

—Le digo á usted que no.

—¿Ni siquiera á un mal portero?

—Aguarde usted... ¡Pero quiá!

—Siga usted, siga usted...

—Calle usted, hombre, ¡qué majadería! Recordaba ahora que estando paseando, tres meses hace, con un amigo, llegó á saludarle un forastero; y al separarse éste de nosotros, supe que era un primo tercero de la cuñada de un amigo del regente.

—Pues tenemos cuanto nos hace falta.

—¿Para qué, don Celso?

—Ya lo verá usted. Ahora tenga presente que la persona que vamos á saludar es muy arisca y muy agarrada; pero que se lleva á las urnas á todos los electores del ayuntamiento, y á algunos más.

—¿Y de qué procede esa influencia?—preguntó don Simón con curiosidad.

—De que el sujeto ese vende vino y tabaco;

razón por la que no hay un vecino que no le deba algo; como no le hay del Mayorazgo que no se lo deba á éste por razón de arrendamiento ó de préstamos... ó de otra cosa peor. Así se ejercen en los pueblos las grandes influencias, y con ese criterio se hacen siempre las elecciones, como usted irá viendo poco á poco. Pero vamos al caso. Como nuestro hombre es avaro, conviene que se quite usted los guantes para que brillen bien las sortijas, y que se desabroche las solapas para que relumbre la cadena.

Don Simón comenzó á obedecer como un recluta, y luégo dijo:

—¿Y cree usted que será conveniente que yo pronuncie algún discursito?

—¿Trae usted alguno bien estudiado?

—¡Hombre! estudiado precisamente...—repuso don Simón un tanto resentido.—Pero creo que no me saldría del todo mal.

—Pues si es bueno, diga usted poco.

—¿Y el cigarro?

—También de los de la petaca; que para malos, ya los tiene él, como estanquero.

En éstas y otras, y después de trasponer un breñal casi inaccesible, y de vadear un río y de saltar tres estacadas, llegó la comitiva á la primera casa del pueblo que se buscaba; la cual casa mostraba lo que era, más bien por

el ramo que ostentaba sobre la puerta, que por el rótulo ilegible que se había trazado con almazarrón y alguna escoba, en un lienzo de la fachada.

—Aquí es,—dijo don Celso.

Al mismo tiempo apareció á la puerta de la taberna, y la tapó casi toda, un hombre, especie de tonel de grasa, en forma, tamaño y aseo.

Hundía los brazos hasta los codos en los enormes bolsillos de sus mugrientos pantalones, y asomaban entre sus gruesos amoratados labios, las húmedas y requemadas hebras de una punta de cigarro, que destilaba, por la barbilla abajo, un regato de negruzca saliva, y, en tanto, fijaba el tal, con expresión estúpida, sus ojuelos verdes en los recién llegados.

—Ese es nuestro hombre,—dijo don Celso por lo bajo á don Simón.

Y mientras éste se echaba las solapas hacia atrás y destacaba cuanto podía sus dedos cuajados de anillos, don Celso, apeándose, abrazó al tabernero, que apenas se movió del sitio en que estaba, ni sacó las manos de los bolsillos. Echaron pie á tierra también los otros cinco de la comitiva; y cuando lo hubo hecho don Simón, tomóle don Celso de la mano, y dijo, mostrándosele al hombre gordo de la puerta:

—El señor es el candidato á quien votan to-

das las personas decentes del distrito. Se llama don Simón de los Peñascales; es de arraigo, como á usted le gustan los hombres; tiene treinta mil duros de renta, y además mucho talento.

—¡Ya, ya!—gruñó, por toda respuesta, el tabernero.

—El señor—dijo don Celso, señalando á éste y hablando con don Simón,—es don Zambombo, como le llamamos los que nos honramos con su amistad íntima, ó don Jeromo Cuarterola, como le llaman en el pueblo y fuera de él cuantos le conocen y le quieren, porque se lo merece; y por eso le sirven á ojos cerrados... En fin, que el señor es el jefe electoral de toda esta comarca.

—¡Ya, ya!—volvió á gruñir el tabernero.

—Muy señor mío y mi dueño,—díjole don Simón, doblándose, descubriéndose y tendiéndole una mano; atenciones á las cuales correspondió Cuarterola tocando apenas el ala de su grasiento sombrero hongo con la extremidad del índice de su diestra, que sacó perezosamente del bolsillo, volviendo á hundirla en él en seguida.

—Nosotros—añadió don Celso, atropellando la humanidad de don Zambombo,—tenemos que hablar despacio, y nos colamos como Pedro por su casa. Conque, venga la mejor ha-

bitación y el mejor vino, y síganme todos, caballeros.

Siguiéronle, en efecto, los aludidos, después de amarrar afuera, como mejor pudieron, las cabalgaduras; y precedidos de Cuarterola, instaláronse ante una mesa larga, estrecha y sucia, que se sostenía mal en el interior de la taberna, cerca del mostrador, sobre el cual no había más que una *vasera* de hoja de lata con cuatro jarros de arcilla; una aceitera, capaz de media arroba; un pedazo de yeso para *apuntar*; dos vasos para aguardiente y un botellón de cristal conteniendo vino tinto. Detrás del mostrador se alzaba penosamente un mal estante con media docena de mazos de cigarros, envueltos en papel de estraza; algunos libritos de fumar y un paquete de cerillas.

Mientras los recién llegados se sentaban en los duros y estrechos bancos contiguos á la mesa, don Zambombo entró en la bodega, de la que salió al cabo de un cuarto de hora con un gran jarro de vino blanco en una mano, y en la otra un vaso de vidrio sucio.

—Aquí hay que hacer un esfuerzo, don Simón—dijo Lépero mientras el tabernero volvía.—Es preciso, aunque sea con repugnancia, beber, y beber de largo.

—Pero, hombre—respondió don Simón asustado,—¡si yo no pruebo jamás el vino!

—Es que nunca ha sido usted candidato.

—En fin, haremos un esfuerzo,—exclamó éste con heroica resignación.

Llegó al cabo don Zambombo, y puso lentamente sobre la mesa el jarro y el vaso. En seguida volvió á meter las manos en los bolsillos, y se colocó de pié á un lado de la mesa, haciendo descansar su panza sobre el tablero.

Entre tanto, don Celso escanció el primer vaso de vino y se le presentó al candidato, que, cerrando los ojos, se le bebió sin resollar. El segundo fué para el tabernero, á quien dijo, mientras éste apuraba el líquido, mitad por el gznate, y mitad entre cuero y camisa:

—Señor don Jeromo, el mundo está perdido; los tunantes se nos suben á las barbas, y los hombres de bien andamos por los suelos. Es preciso que la cosa cambie, ¡y cambiará! Para conseguirlo, contamos con usted.

—¡Ya, ya!—gruñó por vez tercera don Zambombo.

—En efecto, señor de Cuarterola—dijo don Simón enredando con su larga y gruesa cadena de reloj, de modo que se vieran á un tiempo ésta y los anillos de sus dedos;—la sociedad se desquicia si pronto no se le busca el remedio. Los pueblos gimen agobiados por los impuestos más insoportables; la familia está amenazada de un cataclismo, porque las leyes